

## EL DESEO DE LA SALVACIÓN<sup>87</sup>

### I. “El Reino de los Cielos es semejante a diez jóvenes que van al encuentro del esposo” (Mt 25,1)

Diez jóvenes se dirigen al encuentro del único esposo, llevando en la mano la lámpara de su vigilancia, la lámpara que no debe extinguirse: el Reino de Dios es semejante a ellas.

El Reino de Dios en la tierra, la Iglesia, está enteramente en movimiento. No es una realidad estática, amarrada a este mundo, y a su tiempo. Como estas jóvenes vigilantes, la Iglesia sale al encuentro del esposo. Porque el Reino de Dios en la tierra tiene su polo, su ser, ante sí, en los últimos tiempos, en el Cristo glorioso, que se halla al fin de los tiempos; está esencialmente orientado, atraído hacia la realidad futura. Por eso se halla en estado de aspiración, en estado de deseo, como las jóvenes que van al encuentro del esposo.

Jesús compara a la Iglesia con un comerciante que recorre el mundo en busca de una perla preciosa y que, habiéndola encontrado, sacrifica todo su haber por el deseo de adquirirla.

Según dice la epístola a los Hebreos, la Iglesia está siempre en marcha, como Abraham, extranjero y peregrino en la tierra. Habita en carpas como Isaac y Jacob y aguarda la ciudad de sólidos fundamentos de la cual Dios es el arquitecto (*Hb* 11,9 ss.). Los primeros cristianos se comparaban al pueblo que atravesó el mar y peregrinó por el desierto, pueblo en marcha cuyo sentimiento dominante fue el deseo de la Tierra.

Los verbos que, en san Pablo, caracterizan la vida cristiana en la tierra, son verbos de movimiento. El cristiano “marcha”, “corre”, avanza con un esfuerzo distendido. San Pablo recomienda a los fieles: “corred así” (*I Co* 9,24). Los felicita: “corréis bien” (*Ga* 5,7). De sí mismo declara: “continúo mi carrera por si consigo alcanzarla... no creo haberla alcanzado todavía pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás, y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta” (*Flp* 3,12 ss.); y al final de su vida, se otorga este elogio: “He acabado mi carrera” (*2 Tm* 4,7).

El cristiano está en marcha, no por el movimiento de los pies sino por el de su corazón, por su deseo, por su voluntad que busca (cf. san Bernardo, *In cant*; PL 183,1185). “Toda la vida del verdadero cristiano es un santo deseo” (san Agustín, *In I Jo.*, Tract. 4, 6; PL 35,2008).

De hecho, cuando la Iglesia se reúne para la celebración eucarística en la cual se expresa toda su vida, la plegaria esencial de la liturgia primitiva es: “¡Ven, Señor!”. Y la esposa del Apocalipsis no cesa de suspirar: “¡Ven!”.

He aquí una ley fundamental que se impone mientras la salvación no esté acabada. Jesús mismo la ha formulado en el Sermón de la montaña: “Felices los que tienen un alma de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (*Mt* 5,3. 6). Felices estos hombres a quienes la tierra no puede satisfacer, para quienes la tierra es injusta y que, vueltos hacia Dios, esperan solo de Él, socorro y justicia; a estos varones de deseos pertenece el Reino de los cielos.

---

<sup>87</sup> Artículo publicado en *La Vie Spirituelle* de diciembre de 1958. Tradujo: Hna. Daniela Zaltzman, osb. Abadía de Santa Escolástica.

Cristo ha puesto en escena a dos hombres. Uno vanidoso y satisfecho de sí mismo, contento de su condición de fariseo, fiel observante de la ley, del diezmo y del ayuno. El otro, un publicano que, humillado, suplica la salvación de Dios: “Ten piedad de mí, pecador”. Sólo este último fue justificado por Dios (Lc 18,13).

Los publicanos y las cortesanas han precedido en el Reino a los justos patentados de la antigua ley, satisfechos de sí mismos, encerrados y tranquilos en su suficiencia, extremadamente justos y sabios. Dios, que sólo vino para los enfermos (Lc 5,31 ss.), los necesitados en el alma y en el cuerpo, para aquellos que tienen necesidad de su ayuda y la desean, Dios no tuvo nada para dar a estos justos, a estos sabios, a todos los satisfechos de sí mismos.

Toda la historia evangélica ilustra la ley expresada por la Virgen María: “Colmó de bienes a los hambrientos y dejó a los ricos con las manos vacías” (Lc 1,53). Cuando Cristo apareció en medio del pueblo, se produjo una división. Un gran número de judíos adhirió a Cristo y, entró en el Reino; los otros rechazaron a Cristo y al Reino. Esta separación no se operó entre los justos de la ley y los pecadores, acogiendo el Reino los primeros y rechazándolo los segundos. La división se efectuó entre los satisfechos de sí mismos, que no sentían necesidad de la salvación, y los que, no complaciéndose ni en sí mismos ni en su suerte, se volvían con toda su alma hacia el Dios de la salvación.

Entre estos últimos había personas muy santas, como la Virgen, alma de humildad y de deseo; y había también pecadores. Estos santos y estos pecadores tenían en común el deseo de Dios y de su salvación. En el Calvario, la Virgen y el buen ladrón se encontraron en este deseo y entraron juntos en el Reino. Los ricos se fueron con las manos vacías; y los pequeños, los pobres, los pecadores, fueron colmados: las Magdalenas, los Zaqueos, un buen ladrón. Porque ellos suplicaron: “Ten piedad de mí, pecador” (Lc 18,13). “Jesús, acuérdate de mí” (Lc 23,42). Y de Zaqueo se dice que él “deseaba ver a Jesús” (Lc 19,3).

Un *logion agraphon* coloca esta queja en boca de Jesús: “Yo los encontré a todos ebrios, y no hallé entre ellos quien tuviera sed” (cf. *Revue Biblique* 56, 1949, 445),

El deseo de Dios y de su salvación: ley fundamental de nuestra salvación.

## II. El objeto del deseo

El objeto de este deseo es la salvación que Dios nos da en Cristo.

Nosotros deseamos que venga la salvación, la gracia de Dios que salva, transformándonos en la *santidad vivificante* de Dios. El apóstol habla de “la esperanza de salvación” (1 Ts 5,8), de “la esperanza de la justicia de Dios” (Ga 5,5), nosotros aguardamos “la feliz esperanza” (Tt 2,13) que es nuestra plena transformación en Cristo, esa santidad, esa “consumación” de la cual habla la Escritura.

El objeto del deseo coincide con el término hacia el cual tendió Cristo en su Pascua, cuando “con un gran clamor y lágrimas se dirigió a Aquél que podía salvarlo de la muerte” (Hb 5,7). Deseamos para nosotros la vivificante gloria de Dios que ha resplandecido en Cristo.

Pues en este vehemente clamor fue bautizada la Iglesia; ella fue sumergida en la Pascua de Cristo y allí nació y vive, en ese gran movimiento que la hace “ocultarse del mundo hacia Dios” (Ignacio de Antioquía, *Rom.* 2,2).

Cristo es en nosotros un principio dinámico, porque es el Cristo pascual. Él es el *prodromos* (Hb 6,20), el precursor que nos arrebató en su movimiento.

Por esto el pueblo cristiano es un pueblo en marcha, en el cual debe cumplirse el éxodo prefigurado. El lleva una existencia “pascual”, una existencia de paso, yendo de un lugar ontológico a otro, a riesgo de dejar de ser cristiano. En la tierra no puede estar contento de sí, porque jamás llega a término. Su deseo se apresura hacia la resurrección final: un pueblo siempre en movimiento que aquí, en la tierra, no posee de la Patria sino el camino cuyas etapas quiere quemar.

Hasta en la eternidad, la Iglesia estará animada por este dinamismo pascual. Aun habiendo alcanzado su bienaventurada saciedad, el impulso de Cristo hacia su Padre no se ha detenido sino que se ha vuelto eterno en su punto culminante, en el paroxismo de su deseo que lo une al Padre. Cuando, a su hora, la Iglesia llegue a la plenitud de su resurrección en Cristo, su deseo será colmado sin extinguirse, alcanzará su meta sin aquietarse. El deseo se abrió, durante su vida terrena hasta poder abarcar el don ilimitado hecho por Dios en Cristo, y no se cerrará más. La Iglesia no saldrá más del instante del encuentro entre la vehemencia del deseo y su realización. La felicidad del hombre está en la posesión pero también en la búsqueda. En el cielo, una no suprimirá a la otra; una llegará, por la otra, a su plenitud.

Entretanto, la Iglesia progresa hacia la doble plenitud del deseo y de su realización. “Crece en todo hasta Aquél que es la Cabeza” (*Ef* 4,15). Porque la historia de la salvación está aún en sus comienzos en cada uno de nosotros, y en marcha hacia su consumación. El Bautismo es sólo el principio y la promesa de la plenitud y lo mismo se puede decir de la Eucaristía. “En esperanza hemos sido salvados” (*Rm* 8,24). Alcanzado ya desde esta tierra, por el misterio de la salvación, el cristiano aún no se beneficia con la totalidad de sus efectos. Nosotros gemimos, todavía en “este cuerpo de pecado”, en esta existencia “según la carne”, que es una existencia según el pecado y la condenación; todavía tenemos necesidad de la gloria de Dios (*Rm* 3,25), y del don del Espíritu, que es la vivificante santidad de Dios, en quien somos salvados: “Dios os ha escogido desde el principio para la salvación mediante la acción santificadora del Espíritu... os ha llamado para que consigáis la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (*2 Ts* 2,13 ss.). Seremos salvados cuando seamos santos en la plenitud del Espíritu en el Cristo glorioso. “La salvación está en la santidad”; tal es el objeto del deseo de la Iglesia.

Como Dios no otorga la salvación sino en Cristo y en su misterio, y la santidad de Dios, la gloriosa vida del Espíritu, no se encuentra en ninguna parte del mundo sino en Cristo y en su misterio, hacia Él se dirige el deseo de la Iglesia, hacia Cristo quien por su misterio redentor, se ha colocado en el tiempo final. San Pablo corre hacia adelante, con todo su esfuerzo, para alcanzarlo (*Flp* 3,12-14) y la Iglesia entera se dirige a su encuentro con el deseo de una novia: “Esperamos a nuestro Salvador” (*Flp* 2,20). “Aguardamos la feliz esperanza y la manifestación de nuestro gran Dios y Salvador” (*Tt* 2,13). Cuando Él venga a buscarla, para unirla consigo en la gloria del Espíritu, la Iglesia será salvada.

El deseo de la parusía, el deseo de la salvación en el Cristo de los últimos tiempos, de nuestra total consumación en Él, es tan esencial a la Iglesia que, sin él, la Iglesia no sería más la Iglesia de Cristo en la tierra. Porque el Reino es semejante a diez jóvenes que van al encuentro del esposo y toda la vida de la Iglesia se consume en el deseo y la espera: “Y vosotros, sed semejantes a los siervos que aguardan a su Señor” (*Lc* 12,36). No perteneceríamos más a la Iglesia sin ese deseo, porque los cristianos son los que esperan (*1 Co* 15,19); san Pablo los define: “Los que esperan con amor su manifestación” (*2 Tm* 4,8).

La palabra de san Agustín vale, ante todo, respecto del cristiano: “Nos hiciste para ti” (*Conf.* 1. I, c. I). Somos cristianos por el movimiento que nos lleva hacia Dios; cristianos porque hemos sido tomados por la Pascua de Cristo, por el movimiento que lo impulsa hacia el Padre. El “quietismo” es totalmente extraño al cristianismo. Los más auténticos cristianos, los santos, desde san Pablo hasta santa Teresa de Lisieux, han sido consumidos por el deseo de la “venida” y de su “reunión con Él” (*2 Ts* 2,1). Ese magnífico cristiano de los comienzos del siglo II, san Ignacio de Antioquía, suplicaba a sus hermanos de Roma, que por favor no le impidieran morir,

porque sólo entonces sería verdaderamente hombre y cristiano (*Rom.* 6,2).

Todo esto es obra del Espíritu que es el principio de la creación y el agente de su historia: conduce al mundo desde la primera creación hasta la plenitud escatológica. San Ignacio de Antioquía sentía en sí mismo al Espíritu como un agua viva que lo urgía con un murmullo: “Ven hacia el Padre” (*Rom.* 7,2).

Todo esto es, también, obra del Cristo glorioso en nosotros: “Cristo en vosotros, esperanza de la gloria” (*Col* 1,27). Cristo ha llegado junto al Padre; es el término del devenir humano, y su presencia en la Iglesia la pone en movimiento por entero hacia el último día.

### III. ¿Por qué el deseo es necesario para la salvación?

Nadie puede adquirir la salvación sino por el deseo. La salvación es, por entero, obra de Dios solo: “Habéis sido salvados... y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de vuestras obras... En efecto, somos hechura suya” (*Ef* 2,8-10). ¿Qué resta por hacer sino desear la salvación y recibirla? Es cierto que Dios llama al hombre a colaborar con todas sus fuerzas con la gracia, pero este esfuerzo total hacia la salvación radica en el deseo de recibirla.

Ningún esfuerzo es capaz de darnos a Dios, pero nuestros esfuerzos son necesarios para que Dios se dé a nosotros. La cooperación humana consiste en abrirse a la salvación, en recibirla activamente. Con la ayuda de Dios, el hombre crea en sí mismo una capacidad para recibir; se dispone activamente, se entrega a la salvación. Este trabajo de apertura, este esfuerzo por prestarse a la gracia, se cumple en un buen deseo, sincero, activo, ante los ojos de Dios; se lo puede llamar deseo, dando a este vocablo el sentido de un llamado profundo por el cual el hombre recibe en sí la acción de Dios. Todo el esfuerzo de colaboración consiste en ese deseo total del hombre de que Dios reine en él: “La gracia es lo que aporta Dios; lo que apporto yo es el deseo de la gracia” (Psichari, cf. R. Maritain, *Les grandes amitiés*, p. 351).

Por esto la oración es necesaria y posee una promesa infalible de salvación: “Pedid y recibiréis” (*Jn* 16,24). La oración no es otra cosa que la expresión del deseo<sup>88</sup>.

¿Oramos para informar a Dios acerca de nuestras necesidades? “No -responde Jesús- porque vuestro Padre del Cielo conoce todas vuestras necesidades” (*Mt* 6,8). ¿Oramos para disponer mejor a Dios en favor nuestro? Ciertamente, no, “Dios es amor” (*I Jn* 4,8), siempre dispuesto a salvarnos; Él es Dios nuestro salvador (*Tt* 2,10ss), cuya gracia asedia las fronteras del hombre y de quien “es propio la misericordia y el perdón”. La oración no inclina a Dios para concedernos la gracia, sino que dispone al hombre para recibirla, lo abre a la acción de Dios “Él quiere que en la oración se ejercite nuestro deseo, que nos permite recibir el don que Él mismo nos prepara. Pues muy grande es este don y pequeño nuestro corazón, y estrecho; por eso nos dice: “Dilataos” (*2 Co* 6,13. San Agustín, *Ad Probam*; PL 35,500). “Dispuesto a dar a todos, Dios no da sino a quien pide, por temor de dar a quien no puede recibir” (san Agustín, *En. in Ps.* 102; PL 37,1324).

### IV. La salvación y la santidad están ya en el deseo

Si lo que aporta el hombre es el deseo y lo que aporta Dios es el don -necesariamente concedido a ese deseo- el deseo de la santidad constituye entonces una auténtica santidad.

Si es verdad que la Iglesia es semejante a diez jóvenes que salen al encuentro del esposo, a

---

<sup>88</sup> “El nombre de ‘oración’, expresa todas las reglas del santo deseo” (san Agustín, *De perfectione justitiae hominis*, c. 8; PL 44,300). “Porque tu deseo ya es oración” (*Id. En. in Ps.* 37,14; PL 35,404).

siervos que esperan a su señor, si verdaderamente “toda la vida de un auténtico cristiano es un santo deseo” y los verdaderos cristianos son aquellos que “esperan con amor la venida”, entonces verdaderamente la santidad no es, de parte del hombre, sino un gran deseo. Por este deseo la Iglesia realiza su definición y también su perfección. «Tal es ahora nuestra justicia, aquella por la cual corremos, con hambre y sed, hacia la perfección, hacia la plenitud de la justicia, “con la cual seremos saciados”» (san Agustín, *De perfectione justitiae hominis*, c. 8; PL 44,300).

Entonces, cuando el Señor exige a los suyos la perfección suprema: “Sed perfectos como vuestro Padre del Cielo” (*Mt 5,48*), no pide que sus esfuerzos realicen esta perfección -no la alcanzarían jamás- sino que la deseen; su perfección estará en la grandeza de su deseo.

Cuando les pide que amen a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas, y al prójimo como Él lo ha amado, no les exige que lleguen a alcanzar este supremo amor. Él es el Hijo de Dios y nadie alcanzará jamás la perfección de su amor por el prójimo. Al hombre le toca desear este amor.

El Señor recomienda a todos: “Hay que orar siempre” (*Lc 18,1; 1 Ts 5,17*). Porque esta obra maestra de la vida espiritual, la oración ininterrumpida, solo pocos santos podrán lograrla. Pero no es el éxito lo que pide el Señor, sino tender por la buena voluntad a la perfección de una oración santa e ininterrumpida. ¿Exige el Señor que evitemos de hecho todo pecado? Por cierto que no. Se requeriría una gracia excepcional, concedida a unos pocos privilegiados. Pero nuestro corazón debe, renovada y constantemente, desear una vida sin pecado.

Finalmente, ¿exige que logremos extender su Reino en la tierra? Quien afirmase esto pretendería tener algún poder sobre el Reino de Dios. Lo que el Señor espera de nosotros es un deseo dócil a su acción, lo que Él pide es que trabajemos para que *venga su Reino*.

Dios mira el corazón, nuestra buena voluntad, y no el éxito de nuestro esfuerzo. Mira no el óbolo de la viuda -aunque se conmueve por su pequeñez- sino el corazón generoso de esta mujer, y declara que ella dio más que los otros. El día en que Cristo elogió a la viuda, canonizó el buen deseo. “Acordaos sin cesar de que Dios aprecia más la buena voluntad penetrada de humildad con la cual uno se ofrece a Él, haciendo oblación de la propia vida por su solo amor y gloria, que todos los servicios que se le tributan, por grandes que sean” (St. François Xavier, *Lettre du 5 de novembre 1549*. Cf. *Etudes*, III, 1952, p. 319).

La perfección cristiana consiste únicamente por nuestra parte, en el deseo de esta perfección. Quien la desea con todo su corazón, ha llegado a la perfección que Dios espera, al presente, de él. Delante de Dios “somos lo que queremos ser mañana, más bien que lo que somos hoy” (J. Mallet, *Lettres à sa fiancée*, p. 21). Los santos más exigentes no han creído que la perfección se deba buscar más allá de la buena voluntad. “Tal es actualmente nuestra justicia: que corramos, en el hambre y la sed, hacia esta perfección y esta plenitud de justicia, con la cual seremos, más tarde, saciados (san Agustín, *De perfectione justitiae hominis*, c. 8; PL 44,300). Piensan que dicha justicia es concedida, desde ahora, al deseo: “Quien desea a Dios con un corazón sincero, posee ya, ciertamente a Aquél que Él ama” (san Gregorio Magno, *Hom. 30 in Evangelia*; PL 76,1220).

“¡Oh! cuánto mejor es habérselas con Dios que con el mundo. Para adquirir los bienes terrenos... ¿basta con apetecerlos? En caso de fracasar, el deseo no hace más que aumentar la pena. Con Dios, ¡qué diferencia! Desear su amor y su gracia, ya es tenerlos” (san Alfonso de Ligorio, *Vera sponsa*, c. 4).

La Iglesia es peregrina en la tierra. Su papel consiste en caminar desde su nacimiento en la Pascua hasta su consumación en la Parusía. Cristo resucitado es Aquel que viene. Su papel consiste en encontrarse constantemente con la Iglesia que lo desea, desde la Pascua en que le

trae las primicias pascuales, hasta la Parusía, cuando la colmará con su plenitud.

*Deseo equivale a santidad, con una doble condición:* que este deseo sea grande y que sea sincero.

a) Es necesario que el deseo sea *grande*, según la medida de santidad que Dios nos prescribe como un deber; que el corazón se abra a la perfección con la cual Dios nos quiere colmar: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Ts 4,3).

Pero, desear para nosotros la santidad divina, tal como la vemos reflejada en los grandes santos, parece ser una locura, una fantasía irreal, grandes palabras que pueden encantar a un corazón infantil pero que nos hastían a una cierta edad, porque ya sabemos muy bien de qué pasta somos y que los santos son muy escasos. Y además, ¿no sería esto un orgullo condenable? Por cierto que no. Ni ingenuidad, ni orgullo, el deseo de una auténtica santidad es un estricto deber.

La Iglesia está esencialmente orientada hacia el último día, hacia la plenitud de su unión con Cristo, hacia su resurrección total, su completa transformación en la santidad viva de Cristo. Ya no respondería a su definición, a su vocación, si no tendiera a la Parusía, a su total unión con Cristo, que es “el Santo de Dios”, si no estuviera animada por un deseo de santidad total.

Cristo fija a todo cristiano, aun al último de los cristianos, un ideal tan alto, que el deseo más ambicioso no lograría sobrepasarlo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”. ¿Podrá llegar a ser demasiado grande el deseo de amar?

Es tan grande el ideal de caridad fraterna que Cristo nos señala que el deseo más ambicioso no lograría sobrepasar lo que exige este estricto precepto: “Este es mi mandamiento, que os améis como yo os he amado” (Jn 13,34). ¿Quién podrá reprochar a nuestro deseo el ser demasiado grande, cuando este deseo por grande que sea, no llega a la altura del precepto?

Porque, aunque dilatáramos el deseo, lejos de sobrepasar el ideal querido por Dios, no lograríamos aún alcanzarlo: “Sed perfectos como vuestro Padre del Cielo”. Para responder a la exigencia de Cristo, nuestro deseo tendría que ser infinito como la santidad de Dios.

La mediocridad de su vida pasada, no debe descorazonar a un cristiano ni dispensarlo de un gran deseo. Si una vida fue mediocre, lo fue por la mediocridad del deseo. En un gran deseo de Dios no hay simpleza juvenil ni orgullo alguno. Porque Dios nos ha hecho tal don en Cristo que, para recibirlo enteramente hace falta abrir el alma a un deseo ilimitado. ¿Qué nos ha dado? En el Bautismo, en cada Misa, nos ha dado a su Cristo y toda la dinámica de la redención. Hemos recibido al Cristo pascual, que es el Cristo del último día, con todo su poder de santificación universal. Hemos recibido sus riquezas de redención y, sin embargo, no las poseemos todavía. Dios, Cristo, su muerte y su gloria, son demasiado grandes para que podamos abarcarlos, contenerlos en nosotros. Es necesario desearlos cada vez más, dilatar nuestro corazón para poseer la gracia que nos ha sido dada. La Iglesia debe abrirse por entero para poseer finalmente, en el último día, el misterio de la salvación que le ha sido confiado desde el día primero, el día de la Pascua.

Cuando reza, el cristiano no debe tener miedo de pedir mucho. Ha de estar más seguro de ser escuchado, si desea grandes gracias, que si pide pequeñas gracias; sólo entonces su oración responde a la voluntad de Dios. “Pedid grandes cosas y las pequeñas se os darán por añadidura”, habría dicho Cristo según un *logion agraphon*. Porque, “Señor, tú siempre sobrepasas nuestros méritos y deseos”.

b) Entonces se realizará la segunda condición: el deseo será *sincero*. Porque el deseo de Dios no es enteramente sincero si no tiende a una posesión plena.

Cuando se dice que deseo equivale a santidad, no se ha de entender veleidades. “El perezoso quiere y no quiere” dice la Escritura (*Pr* 13,4. *Vulgata*). El quisiera levantarse y, a la vez, no: “El perezoso gira en la cama, como la puerta en los goznes” (*Pr* 26,14). “El dice: ¡yo no puedo salir, hay un león en la calle!” (*Pr* 26,13). En suma, no desea levantarse y prefiere permanecer acostado.

El hombre debe sin cesar hacer respecto de sí mismo un esfuerzo de sinceridad. Porque a menudo la expresión de su deseo no corresponde a una voluntad profunda y reza como si no quisiera ser escuchado. Así ocurrió con san Agustín en su juventud. Tenía dieciséis años; su padre quería enviarlo a la escuela de los retóricos de Cartago, pero necesitaba esperar un año para reunir el dinero necesario. Año de ociosidad en el cual Agustín cayó en el vicio del cual no se levantará sino quince años más tarde. El tenía conciencia de su caída y oraba, pero más tarde reconocerá que no deseaba ser escuchado: “Dame la castidad y la continencia -decía- pero todavía no”. “Yo temía que mi oración fuese escuchada muy pronto y ser curado de este mal” (*Conf.* l. VIII, c. 7).

Dios no escucha mientras no percibe en la oración el tono de la sinceridad.

El cristiano tiene, a menudo, miedo de la gracia, miedo de ser amado por Dios, miedo de este amor temible para nuestro egoísmo y que, sin embargo, es nuestra felicidad. Monseñor d’Hulst anota en su retiro de 1872: “Pedí a María que me diese algunos santos para convertir a París. Entonces sentí que renacía en mí esta pregunta que me inquieta y turba constantemente: ¿Por qué no pides esta gracia para ti mismo? y tuve miedo de hacer esta súplica, porque temí ser escuchado. He aquí el punto álgido”. Más tarde la gracia venció sus vacilaciones y, en adelante, dirigió diariamente esta súplica a Dios. Nosotros pronunciamos las mismas palabras que los santos, esas oraciones que les obtuvieron gracias de santidad: “Venga tu reino, hágase tu voluntad”. Pero en nosotros, es una oración exterior, un deseo superficial. Tal vez nos horrorizaríamos si Dios nos tomara la palabra y, ante la irrupción del Reino de Dios en nosotros, diríamos: “¡Detente, Señor, yo no lo he pedido!”. En los santos la oración brota de las profundidades del alma. *De profundis clamavi*.

Los santos no son de otra pasta que nosotros. Si ellos se distinguen es por la grandeza y la sinceridad de su deseo.

“Francisco estaba ya clavado en la cruz con Cristo... cuando decía a los Hermanos: Comencemos a servir a Dios nuestro Señor, porque hemos hecho muy poco hasta ahora... y, con Cristo como jefe, él se proponía realizar grandes cosas” (san Buenaventura, *Legenda S. Francisci*, c. 14, *Opera* VIII, p. 545. Ad Aquas claras, 1898).

El ejemplo de su alma juvenil nos atrae. “He reconocido claramente -escribe santa Teresa de Ávila- que Dios no deja nunca de recompensar, aún en esta vida, el menor buen deseo. No mezquinemos nuestros deseos. Creemos firmemente que con el socorro de Dios y nuestros esfuerzos, podremos poco a poco conseguir, también nosotros, lo que tantos santos, ayudados por Dios, han logrado obtener” (*Libro de la Vida*, c. 4).

Decía Bernanos hacia el fin de sus días: “Y yo quería que mis sueños fueran desmedidos -si no, ¿para qué soñar?- y he aquí precisamente por qué no me han defraudado. Si recomenzara mi vida, trataría de aumentarlos aún más, porque la vida es infinitamente más grande y más bella de lo que creí, aun soñando, y yo soy más pequeño” (Bernanos).

Más allá de todas estas palabras y ejemplos de los mejores cristianos, nos alienta al deseo, la gran revelación acerca de la eficacia del deseo: “Pedid y recibiréis”.

\* \* \*

Es muy importante entonces establecer nuestra alma en estado de deseo, como el salmista que decía: “Anhelo tu salvación, Yahvé. Tu ley hace mis delicias. Me he extraviado como oveja perdida, ven a buscar a tu siervo” (*Sal 119,174 ss.*).

La víspera de su muerte, Jesús promete a los suyos que Él vendrá: “Me voy y vendré” (*Jn 14,28*). Hablaba de su parusía, de su parusía final y fulgurante, pero también de su parusía íntima en medio de la Iglesia.

Desde el día de Pascua, Jesús no cesa de venir a los suyos en el cenáculo, toda nuestra vida está bajo el signo de la venida. Pero toda parusía puede tener un doble efecto, de gracia o de condenación, según que se espere y desee esta venida o que no se la desee.

Felices los siervos que esperan y desean la venida del Señor. Felices las vírgenes que salen a su encuentro con las lámparas del deseo. “Me aguarda la corona de justicia... y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su manifestación” (*2 Tm 4,8*).

Quiera darnos el Señor la gracia del deseo, el *supplicandi affectus*, el amor por la súplica.

Nuestra oración se dirige a la “Virgen prudente” por excelencia que, en el cortejo, lleva la lámpara más luminosa” (Petrarca, *Canzone VIII*). Que María, la Virgen del deseo, quiera compartir, con los que aún estamos en la tierra, el óleo de su lámpara.